



TEATRO Y EXISTENCIA

Marzo 2014, Nº 3. Boletín bimensual

El autor

Sabemos que **para que haya teatro tienen que encontrarse varias libertades**: la del autor que crea la obra, la del actor que encarna el personaje, la del director que media entre ellos y con el público, también la de este último, el público, que si no está dispuesto a recibir lo que suceda sobre el escenario hará de la representación un sinsentido. Si una de estas libertades impone su voluntad sobre las otras, aparecerá en la representación un vacío, algo de lo que estaba previsto habrá quedado sin quien lo asuma y desarrolle. Es curioso, sin embargo, nos explica Hans Urs von Balthasar, que exista

entre dichas libertades una jerarquía, la del autor es el primer elemento que pone a todas en coordinación.

Ciertamente es él quien entrega a actor y director su material de trabajo, ese conjunto de frases y acciones con las que recrear una historia. Y lo hace dejando explícitamente espacio para que ambos, actor y director, aporten sus propias creatividades a la representación, que para ser tales creatividades, han de ser libres, es decir, nacidas de quien acoja, con toda su propia persona, el papel que se le encarga. Y a este papel entregará el propio cuerpo, la propia voluntad, los propios afectos.

Pero volvamos al autor. Stanislavski nos recuerda cuál es el primer trabajo de la compañía teatral: descubrir el “*superobjetivo*”, que es “*la idea esencial, el núcleo, que proporciona el impulso para construir una obra*”. Si actor y director no acogen la voluntad del autor, la representación carecerá de la necesaria perspectiva o finalidad última, porque “*la más sencilla entrada o salida del escenario, cualquier acción que se realice para desarrollar una escena, para pronunciar una frase, unas palabras, un monólogo, etc., debe tener una perspectiva*”. Paradójicamente, pues, **sin el papel establecido por el autor la creatividad de actor y director y**

público se reduce. Es el buscar y construir la imagen pensada por el autor para el personaje, obedeciendo al sentido que tiene dentro de la historia completa, lo que, al llevarle más allá de sí mismo, descubrirá en el artista posibilidades desconocidas a priori.

Aquí cabría hablar de los grandes autores, esos que construyen personajes e historias que van más allá de lo inmediato. Esperamos tener ocasión en otro número de nuestro boletín.



Hemos visto

Julio César, dirigido por Paco Azorín, en el Teatro Bellas Artes de Madrid. Con un vestuario y un cuidado del texto que acercan a nosotros el significado la obra de Shakespeare, vemos en esta representación la nobleza que su autor imprime a cada uno de los personajes, aun siendo todos tan distintos entre sí; pero también la consecuencia que sobre él, y sobre los demás, tiene escuchar al espíritu de la mentira. Pero desde el trasfondo en que se sitúa Shakespeare se revela que, paradójicamente, las malas acciones de los hombres no son un lugar sin salida, al contrario, el designio de los dioses actúa sobre ellas transformando la mayor miseria del ser humano en su mayor grandeza. Porque si al principio de la historia parece noble quien es romano y como tal se comporta, sólo cuando concluya la guerra y Roma aparezca cubierta de caos, se dudará de esa nobleza, y Marco Antonio, ante el cadáver de Bruto, su enemigo, le honrará diciendo sólo: “*Éste fue un hombre*”.

Agradecemos esta puesta en escena, deseando que no concluya en Madrid su gira.

La Pequeña Compañía

Les invita a la representación de *El gran teatro del mundo*, de Calderón de la Barca:

*** 22 de marzo, 19.30 h:**
Marqués de Urquijo, 18

*** 5 de abril, 19.00 h:** Centro Cultural Carril del Conde (Carril del Conde, 57).

Ambas representaciones serán de **entrada libre**, hasta completar aforo.

Imagen: Detalle de la representación de *Julio César* dirigida por Paco Azorín.